

Jorge Gustavo Silva

Poder y espíritu

«Para comprender a qué grado de abyección y de traición ha caído el espíritu en el siglo XX, es preciso imaginarse la risa satisfecha de un Goebbels, durante la escena en que los libros fueron quemados en Alemania, mientras un cuerpo de célebres profesores, vestidos de rigurosa etiqueta, escoltaban solemnemente el carro que, tirado por bueyes, llevaba a la hoguera las obras prohibidas. O imaginarse el gesto ambiguo de un Stalin, al leer un poema servilmente ditirámico, cuyo autor le hace presente y proclama que nada de lo que siente, piensa y escribe, sería concebible, sin la inspiración que de él recibe».

ERNEST ERICH NOTH.

I



AN antigua como el Mundo ¡ay! la lucha entre el Poder y el Espíritu; la lucha entre el Espíritu que incoercible busca corporizarse en la palabra hablada o escrita, y el Poder, pertinaz y aviesamente empeñado en sofocar y acallar las pungentes manifestaciones del Espíritu.

—«¿De dónde sacan éstos tanta insolencia?» pregunta, en el fondo lejano y oscuro de la Historia, a su Primer Ministro, el Emperador Li-Se, lastimadas su vanidad y soberbia por las punzantes críticas de que algunos escritores le están haciendo objeto.

—«De sus propios libros», es la respuesta del Ministro.

Ordena al punto el Monarca que todos los libros circulantes en el imperial territorio, que versen sobre Filosofía y Moral, sean recogidos y echados al fuego.

Los escritores se resisten.

Centenares de ellos son sometidos a arbitrarios procesos, y llevados al patíbulo.

Atenas es una Democracia.

Una Democracia que toma alegremente la verbosidad o la agitación, por la acción. Una Democracia que siente profundo horror por las responsabilidades. Una Democracia empeñada en operar una completa nivelación de los espíritus y de las fortunas; y que gasta y desgasta su perseverancia en la absurda tarea de destruir una «élite» cuya muerte va a ser como su propia muerte.

Cuando Sócrates osa opinar, en alta voz, que no hay nada más ridículo que una Democracia regida por la canalla, y movida a impulsos de la pasión, ése es su delito. Es a ese delito al que Sócrates deberá, con la muerte por la cicuta, su anticipada ascensión a la inmortalidad.

Tiberio condena a muerte a un poeta que, en una

pieza teatral, se ha permitido criticar a Agamenón, rey de leyenda. Igual destino impone el Mandón Coronado a un historiador, por haberse tomado éste la libertad de llamar, en son elogioso, «los últimos romanos», a Bruto y Casio.

Jesús de Nazareth aspira a dar unidad al Mundo cuando el Mundo va a perecer; quiere reformar, por la caridad, a una sociedad que la espada ha formado y que la espada está destruyendo; predica la abnegación, cuando la doctrina del epicureísmo amenaza con acabar de corromper a los hombres, si es que algo les falta; pretende inculcar el sacrificio incruento del Espíritu, cuando sangrientos holocaustos humanos sirven de placentero espectáculo a los hombres y a las naciones, y de alegre y sabroso recreo a las delicadas doncellas; enseña que los esclavos, a los cuales se arroja a pelear con las fieras, en el Circo, y a servirles de pasto, son iguales a los Emperadores, ante la presencia de Dios.

Jesús de Nazareth enseña a las gentes, en el Sermon de la Montaña, a bendecir a quienes las maldicen, y a orar por aquellos que las persiguen y calumnian; Jesús de Nazareth exige que el más alto de todos sea el siervo de los demás, porque quien se ensalzare será humillado y quien se humillare será ensalzado; increpa a los fariseos y a los escribas llamándolos hipócritas, una y otra vez y, comparándolos a los sepulcros blanqueados, los cuales por fuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de

huesos de muertos y de todo género de podredumbres; Jesús de Nazareth entra en Jerusalem al templo, y, al verlo ocupado por gentes que venden y compran, por cambistas sentados junto a sus mesas, como en dominio propio, con varias cuerdas hace un látigo y, agitando en el aire, a todos los arroja del templo.

Jesús de Nazareth es mirado por los hombres del orden establecido, sus adversarios, (según la expresión de un gran periodista, chileno y católico) «como un revolucionario, como una amenaza de la Religión y de la organización civil».

.....

.....

Preferido, para el suplicio de la Cruz a Barrabás, Jesús de Nazareth va a padecer muerte inmerecida.

Solitario, abandonado de todos, irremisiblemente desamparado, un cuerpo de hombre se marchita; un corazón de hombre se hace pedazos.

Jesús exclama:

—«Eloi, Eloi, lema sabacthani»: «¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué me has abandonado?».

Al oír su voz los soldados dejan los dados con que están entreteniendo su ocio vigilante.

El Capitán levanta hasta El la mirada; y ordena a uno de los guardias que vuelva a empapar la esponja en el calmante licor que antes ofrecieran a Jesús.

Con ojos ya vidriosos ve el moribundo alzarse de

nuevo el varal, hasta la altura de sus labios; y, aunque perdida ya toda esperanza, chupan sus labios, ávidamente, la esponja.

La tortura espantosa vuelve a atenazar sus carnes.

Un grito desgarrador se exhala de su pecho.

Y ese grito pone término a una vida que, durante treinta años, no se ha expresado sino por la voz de la dulzura y de la bondad; por la música, sin palabras, de un corazón de hombre.

¡Caso, el más alto caso y ejemplo, de la nunca acabada pugna entre el Poder y el Espíritu!

II

Favorecen y alientan la libre manifestación escrita del Espíritu, dos trascendentales acontecimientos: material el uno, en cierto grado, porque concierne a un arte mecánica; el otro, de índole política. Son a saber: la invención de la imprenta, de los caracteres movibles de imprenta; y, con la abolición del Derecho Divino de los Reyes, y la atribución de origen popular a la Soberanía, el advenimiento y la generalización de la forma democrática de gobierno.

Antes de la Revolución, (y antes de Gutenberg) hay publicidad escrita: claro está. Pero no hay todavía periódicos, a la manera de los de nuestros días. El folleto, trabajosamente compuesto e impreso; el panfleto; el cartel mural, reemplazan durante siglos,

como instrumento activo del pensamiento escrito, al periódico, al journal.

A las vísperas de la Revolución, millares y millares de libelos denuncian y relatan los vicios de la Corte de Francia. La despojan de sus engañadoras y deslumbrantes decoraciones; la pintan al desnudo, con sus costumbres disolutas, su perversidad, su estupidez; la ridiculizan, y escarnecen a sus personajes. Los amores reales, los escándalos palaciegos de la alta sociedad, los gastos inconmensurables, el Pacto del Hambre—ínicua alianza de los poderosos con los acaparadores del trigo, para especular con las hambres del pueblo—todo eso, y mucho más, forma el tema de tales quemantes y puntiagudas publicaciones.

Usase también la canción, ruda y cruda en grado sumo, a veces; la canción, que no ha menester de ser impresa, y que, de garganta en garganta, y de oído en oído, da la vuelta por toda Francia, incendiando los ánimos. Siempre fué la canción uno de los más penetrantes, sutiles y eficaces medios de propaganda revolucionaria. Pero es el cartel, la hoja suelta, el manifiesto volante, de lo que los agitadores echan mano, más generalmente, en aquellos tiempos «de imprenta sin diarios». Arrancado un cartel por la policía, a la mañana siguiente vuelve a aparecer, suscitando la creciente ira de gobernantes, palaciegos y esbirros.

—«Tu abuelo se nos escapó»—lee un día el Rey, nieto y bisnieto de reyes, en un cartel, pegado nada

menos que en los muros de su propio palacio—; «pero tú no te nos escaparás».

Así va a ser. A muy corto plazo, así va a ser.

Otras veces tócale el turno a la Reina María Antonieta, extranjera, por nacida en Viena e hija de un Emperador alemán; llamada, por sorna y odio, «la austríaca»; y apodada la «Reina Déficit», para inculparla de derrochar sin tasa los dineros del Tesoro Público; le toca el turno a la Reina, quien ha de leer, en carteles pegados aquí y allá, ofensivos detalles de su vida alocada o vergonzosa.

Más: en cierta ocasión una hoja volandera, afortunada o impertinente, logra caer en el palco teatral de la Reina, que está asistiendo a una fiesta de gala...

—«Dentro de muy poco— advierte y notifica la volante hoja—los tiranos serán ejecutados».

Así va a ocurrir. Eso ocurrirá, precisamente, en la madrugada del 16 de octubre de 1793.

Terrible, implacable, feroz, aquella «publicidad sin diarios».

Además de las Cabezas Reales, de los Príncipes de la Sangre, de los nobles, son blanco preferido de esa publicidad sin diarios, ligera pero corrosiva, los Intendentes, los recaudadores del impuesto, los clérigos, los especuladores con el trigo y con los demás productos.

Algunas de tales hojas publican «sentencias» en las que un «Consejo del Pueblo» o un «Parlamento Popular», condena, a la horca o a la guillotina, a tales «bribones».

III

Un vasto y sin duda bien pagado servicio de prevención y castigo, en relación con semejantes subversivas actividades, funcionan sin cesar, por años y años, por siglos, en Francia.

La prisión, la confiscación, el destierro, la horca, son las penas destinadas y aplicadas a los culpables.

El abogado Lebreton es detenido en 1586.

Acusado y convicto del crimen de lesa majestad y del de sedición, se le ahorca y estrangula en el patio de la Corte.

La sanción alcanza al impresor de un libro de Lebreton.

Se apresaa al impresor, se le azota, y finalmente se le destierra del reino.

Todos los ejemplares del nefando libro son quemados.

Los bienes de autor y cómplice, confiscados.

En los siglos XVII y XVIII, la autoridad pública no sólo impone «penas personales»: además, o principalmente, se encarniza contra la producción misma de los «culpables», destruyendo por el fuego, o como sea, los libros «pecaminosos». Así son perseguidos Helvecio, el abate Reynal, cincuenta próceres del pensamiento. Luis XVI dispone, por sí mismo, el

arresto de Beaumarchais, acusado del «delito» de haber compuesto una cancioncilla contra el Arzobispo de París; y le hace encerrar en una infamante Casa de Corrección. Voltaire padece prisión en la Bastilla: sólo sale de ella para tomar el camino del destierro. Suerte parecida sufre Rousseau.

A causa de un folleto cualquiera, de una canción, de un *couplet*, el más pintado de los autores se halla tan expuesto a las arbitrariedades de la policía, como un cómico de la legua, o como una hija de la noche. Funcionarios administrativos o policiacos, agentes de la ley, ministros, tribunales, todos, todos, están en el derecho de llamar ante sí a los autores; de amonestarlos; de expulsarlos de la localidad, del país mismo; de ponerlos en prisión: de imponerles multa; de mandarlos a galera; de hacerlos ahorcar...

... No obstante las prevenciones y represiones ejercidas por el Poder Público, el sentir y el pensar de los gobernados—descontentos a causa de lo que los Gobiernos hacen—hallaron siempre, y siempre hallarán, manera eficaz de estar presentes, de censurar, de satirizar, de escarnecer, de atacar, y hasta de matar, con esa forma de muerte que las plumas geniales, y sólo ellas, son capaces de inferir.

IV

—«Quand donc voudront enfin les
« peuples secouer leur torpeur et se libé-
« rer de la plus odieuse de tyrannies:
« celle de l'Argent?».—J. L. CHASTANET.

Cuando no la violencia, la tentación... Cuando no la cárcel o el destierro (o además de ellos), el cohecho, el soborno, la sigilosa compra de las conciencias; la dictature de l'argent, ejercida, corruptora y vencedoramente, sobre «el escritor asalariado para la prensa» (que es como el Código Civil de la República de Chile denomina al periodista); sobre el escritor no periodista; acaso, también, sobre el publicista mismo.

Porque, como con penosa y sutil acerbidad lo advierte y lamenta Daniel Halévy, en nuestros tiempos, en nuestros tristes tiempos de decantado progreso, todo conspira a la extinción de las antiguas libertades y al envilecimiento de los espíritus. Porque, mientras más se agranda, materialmente, la prensa, como institución o empresa; mientras más compleja se hace la prensa, como organización; mientras, de haber sido principalmente política, viene convirtiéndose, o está, además, convertida en industrial, comercial, financiera, más pierde la Prensa diaria su independencia de ideas; más y más honda y permanentemente se vincula a los intereses creados y en creación...; los cuales casi nunca son, precisa o preferentemente, los intereses del Espíritu.

Jean Jaurès, sin incriminar por ello a la prensa misma, acusó de ello a la Sociedad, de la que el diario no es sino, en conjunto, un espejo más o menos fiel. «Cambiad a la Sociedad; quitadle sus vicios de organización y funcionamiento—tal fué el pensamiento del vehemente líder socialista francés— y habrán desaparecido los vicios de ahora.

Ciertamente, vivimos bajo un régimen de libertad de imprenta, sigue diciendo, no sin ironía, M. Halévy. Es ésta una de las más ensalzadas glorias de la República. En Francia se puede criticar libremente por la vía de la prensa al Gobierno, burlarse de los Ministros, caricaturar al Jefe de Estado... A condición de no tocar al Ejército, a la Magistratura, a la Policía, se pueden arrojar, sobre la reputación de funcionarios y gobernantes, todos los insultos imaginables. Se sabe, sin duda, (y se aprovecha de ello) que, mientras más se interesa el pueblo por esta especie de juguete político, por el aspecto banal de la política, menos parará el pueblo la atención en sus intereses vitales. Sí. La República tiene abolida la censura. Pero la Banca la ha restablecido, bajo una nueva forma. Así es como el público no llega a saber, de todos los problemas, los hechos, las cosas, lo que debe saber, sino aquello que quieren que sepa. Montesquieu ha dicho que las instituciones valen lo que vale la opinión pública que las vigila. Pues bien: en Francia la opinión pública está dirigida por periódicos que se hallan en manos de los hacendistas.

He aquí por qué—termina desconsoladamente M. Halévy—nuestra Democracia es una ficción. Francis Delaisi, ha escrito que la gran prensa francesa está podrida hasta los huesos. Y lo ha demostrado, en un libro admirable de valentía e información, que precisamente se titula «Los Hacendistas y la Democracia».

Después de recordar que, para ejercer la profesión de médico, la de abogado, cualquiera profesión, se necesita en Francia haber sido aprobado en una serie de exámenes, y que tales requisitos no se exigen, sin embargo, a quienes deciden dedicarse al «sacerdocio del periodismo», otro ilustre y alto escritor francés, M. Jean Finot, «se explica por qué tanto financista más o menos averiado, y aún algunos escapados de las cárceles, manifiestan una invencible y temible propensión a formar parte de la Anónima Corporación de los Periodistas».

La «Prensa de los Hacendistas» ¿vale mucho más que la Prensa sujeta a la fiscalización—autorizada por la ley, o no—de los Gobiernos? Se puede, con razón y en verdad, hablar de Prensa Libre, hablar de Libertad de Prensa, allí donde la Prensa está inspirada, influida, dirigida, o francamente pagada por el dinero de la Plutocracia? Allí donde el que paga manda al que escribe? Allí donde es el escritor un instrumento del Editor o del Director?

V

Entretanto, puesto que la publicidad no es ya (como acaso algunos están ahora mismo creyendo) una institución local y transitoria, que pueda o no aceptarse, sino una consecuencia de la Civilización, uno de los elementos vitales de la Sociedad, reconozcamos que la publicidad, y por lo tanto la Prensa, su órgano más difundible y difundido, han de ser necesariamente libres, aún a riesgo de que se muestren licenciosas. La Prensa Libre es la condición necesaria de la Prensa verídica. Está en la licencia, escribió un escritor chileno, que fué además, jurista, la sanción de la licencia.

Sin saberlo, tal vez sin quererlo, los Gobiernos absolutos de Europa—dijo también el jurista-escritor,— hacia la mitad del pasado siglo; los gobiernos absolutos de Europa, cediendo como a una necesidad de la Sociedad Moderna, facilitan, y aún protejen, la instrucción del pueblo: de ese modo se ligan las manos para poner trabas a la Prensa Libre. Quien enseña a leer, otorga de antemano, en efecto, el derecho de leer, y su consecuencia inevitable: el derecho de publicar. Un Gobierno que crea y mantiene servicios de radio-difusión; un Gobierno que organiza Direcciones de Propaganda y de Cultura; un Gobierno que favorece de cien maneras la expansión de las luces, con su autoridad y con sus tesoros; un Gobierno que impone a los padres la obligación de enviar a sus hijos al aula, que

señala premios a la Instrucción, a la Literatura, a las Artes, y severo castigo a la ignorancia; un Gobierno tal, no puede, si ha de mostrarse racional y lógico, aborrecer y condenar a la publicidad, ni poner trabas a la Prensa. Hay individuos que prenden la lámpara cuando quieren dormir. No se concibe una Sociedad que cree la luz, para en seguida cerrar los ojos.

VI

Aquí, una digresión acaso no del todo impertinente.

En una época, como nuestra época, de copiosa publicidad impresa (libros, panfletos, revistas, diarios, periódicos, carteles...), que informan a las gentes, a toda suerte de gentes, sobre todas las cosas del Mundo —sobre lo antiguo y lo contemporáneo; de Historia, de Ciencia, de negocios, de batallas, de naufragios, de terremotos, de nacimientos, de crímenes... —; en una época, como la nuestra, en que una proteiforme propaganda (realizada con los más diversos fines) aspira, por todos los medios, a ganarse las conciencias, las voluntades, los votos electorales; en una época, como la nuestra, en que la Prensa diaria se disputa encarnizadamente, lo mismo en sus artículos de doctrina política que en sus notas informativas y en sus anuncios comerciales, la atención y aún la adhesión fanática, de la población «alfabetizada», el lector—el niño o adulto a quien los Gobiernos enseñan a leer—ha de ser tam-

bién enseñado a permanecer en constante guardia frente a la temible sollicitación que, por la vía de la lectura, ha de venir, minuto a minuto, a asaltarle, desde todos los puntos del horizonte.

En una época tal, esto es, en nuestra época y para en adelante, no debemos bastarnos con ahuyentar al analfabetismo, con enseñar a deletrear, con obtener que el niño y el hombre sepan dar expresión fonética a los signos escritos y, a la inversa, dar forma escrita a los sonidos.

«Enseñar a leer» es ahora, tiene que ser ahora, algo más de lo que antes fué. Ahora, «enseñar a leer» debiera también ser «enseñar a discernir»; abroquelar al individuo humano para hacerle, tanto cuanto sea posible, invulnerable a todo género de malsanos e interesados requerimientos espirituales».

Leer — «saber leer» ciertos diarios y libelos de propaganda — debe ser saber darse cuenta cabal no sólo de lo que la letra escrita dice, sino también darse cuenta de la intención con que ella lo dice; no sólo de lo que, al escribir, se ha callado el autor, sino también de la intención con que se ha callado...

VII

Sin las libertades espirituales que él mismo contribuyó a conquistar, a arraigar, a hacer respetar, en lides memorables y trágicas, el Diario será como un

cuerpo sin alma; será como una locomotora detenida, falta de combustible, en mitad de un páramo; será como un lago al que estuvieran llevando sus aguas los ríos de todo el mundo, y sobre el cual no fuera posible la magia del iris, por haberse extinguido la luz del sol.

No olvidemos que el derecho de imprimir era, no hace quizá dos siglos, privilegio otorgado por el rey; y que la libertad de prensa, como la libertad de pensamiento, como la libertad de reunión, como casi todas las libertades, surgió a la vida pública, batiendo gloriosamente las entumecidas alas, en medio de la tormentosa aurora de la Gran Revolución.

... Democracia con censura previa; con drásticas medidas represivas de la libertad de prensa; con oportunistas y maliciosas leyes de Seguridad del Estado (vale decir, del Gobierno, de los gobernantes...) es una concepción sin sentido; es como la negación misma de la Democracia.

Ello, si por Democracia hemos de entender lo que ella misma dice que es; si por Democracia no hemos de entender lo que ella dice que jamás quisiera ser: un Gobierno de Fuerza y de Privilegio, poniendo mano de hierro-mano de Antiguo Régimen sobre los atributos, que se dirían sagrados, y sobre las supremas manifestaciones del Espíritu.

BIBLIOGRAFIA

- ERNEST ERICH NOTH.—*El Hombre contra el Militante.*
ROBERT COHEN.—*Atenas una Democracia.*
MODESTO LAFUENTE.—*Historia General de España.*
FRANCISCO VALDÉS VERGARA.—*Vida de Jesús.*—Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.
CARLOS SILVA VILDÓSOLA.—*El Domingo de Ramos.*— («El Mercurio» de Santiago de Chile, 14 de abril de 1935).
EMIL LUDWIG.—*El Hijo del Hombre. Vida de Jesús.*
JULE SIMÓN.—*La Liberté Civile.*
J. L. CHASTANET.—*La Dictature de l'Argent.*
JEAN JAURES.—*Enquete Sur les Résponsabilités de la Presse.*
DANIEL HALÉVY.—*La Decadencia de la Libertad.*
FRANCIS DELAISI.—*Los Hacendistas y la Democracia.*
PEDRO KROPOTKINE.—*Historia de la Revolución Francesa.*
AMBROSIO MONTT.—*Ensayo sobre el Gobierno en Europa.*
JEAN FINOT.—*La Press et la Liberté de l'Opinion.*—(*La Revue Mondiale.* 15-XI-1919).